



LA ÚLTIMA ESPERANZA

Raúl Tello

LA ÚLTIMA ESPERANZA



Primera edición: febrero de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Tello

ISBN: 978-84-19595-98-0

ISBN digital: 978-84-19595-99-7

Depósito legal: M-4024-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PREFACIO

Provedora, madre creadora, fuente de vida primordial, ahora, descanso en paz. Contemplo tu corona, en las montañas, aprecio tu tocado, en el bosque de color, me maravilla tu hermosura, me reconforta tu esplendor. Soy vida, y vivo me siento cuando recuerdo el juramento que un día te hice: soy tu protector. Tu infinita hegemonía es digna y justa, tu gobierno, un crisol; un recipiente en el que moldeas todo lo que te envuelve, ya siento su calor. Y sabedor, mi corazón palpita de la alegría, sentimientos invaden mi alma como se impregna la resina, me cobija tu armonía, me acuna tu visión. Y ahora reposo tranquilo.

Camino a tu lado, como fiel escudero, te persigo y no te manifiestas, te busco, y no obtengo respuestas, pero sé que me has convertido en un hombre mejor. Protege mi alma y la de mi familia, acompáñame, en el tránsito por esta vida, adormece mis temores, por favor. De pureza inigualable, mis pecados, no son otros que los de admirarte y corresponderte, programado para complacerte, en cualquiera de tus formas. Soy tu siervo, soy tu señor. Y ahora duermo.

Cuando en mis sueños por oscuros cenagales camino, tu luz ilumina mi destino, llevándome cerca de ríos azulados y de verdes valles modelados. Aún no conozco toda tu grandeza, mi existencia estaría incompleta, de no ser por tus conocimientos ocultos. Y para ser mejor, aspiro a comprenderte. Quiero descifrarte, quiero entretenerme, y en tu casa, me ofreces un manjar. Me sientas prudente, de cara a la ventana, me animas a mirar, y cuando contemplo tu templo en la Tierra... acabo de despertar.

La humanidad ha vivido pendiente de ti 100.000 millones de vidas de un hombre, y nos hemos conseguido acercar un poco más a tu plan. Somos polvo en el viento, y allá donde él va, nos movemos. La casualidad ha dejado de tener relevancia para mí, todo está conectado de una forma abrumadora y audaz, majadería para quien te ignora, inteligencia, para quien te implora. Me sobrepasas, pero no me dejas en ridículo, me alimentas, me animas, me indignas... cerrando el círculo, una vez más.

Inmensa sabiduría ancestral, a ti me entrego. Sostengo cargas y pesares, a lomos, en mi espalda, errores a raudales, ¡qué sería de nosotros!, sin nuestras cicatrices... ya no seríamos nosotros, seríamos huérfanos, nos faltaría algo. Respondemos ante ti, única y exclusivamente ante ti. Formamos parte de algo mucho más grande que este planeta, nos has engendrado en tu vientre. No pasará ni un solo día sin que te recordemos tal y como eres, ¡fuerte!, ¡vigorosa!, siempre estarás viva en nuestra memoria de niño, imprudente e inocente.

En tus manos mi vida y la de mis semejantes, en el elenco, la semilla de la creación, que germina libre y paulatina, aceptando el vaivén del sol. Rebosa el cántaro de agua, se derrama sin control. Gracias por tus excedencias, gracias por tus ciclos, gracias por tu condición, mi único anhelo... es tu salvación.

CAPÍTULO I:

EL CAMBIO CLIMÁTICO

Como criatura viviente que soy, pertenezco al tiempo, y en el tiempo que me ha sido encomendado permanezco confinado en este cuerpo. Cuando en el ocaso de mis días, llame a la puerta celestial, y cuando el anaranjado, y venido abajo, precipitado astral, se pose sobre el mar... habré llevado a cabo una vida completa. Si por el purgatorio, mi alma ha de pasar, y en la balanza del pecado, a un lado, y de la pureza, al otro, se sopesa la integridad de mi corazón, finalmente descansaré en paz, puesto que estaré a punto de atisbar la luz.

Lo que hagamos en esta vida tendrá su repercusión en la eternidad. Todo lo que tenemos es transitorio y pasajero, nada es nuestro, ¡no lo desperdiciemos!, ¡no le hagamos daño!, la respuesta, ¡es la salvación!, y que los que vengan después de nosotros, las generaciones futuras, tengan el mismo derecho a deleitarse con la magnificencia de una perpetua puesta de sol.

Porque, ¿qué son 100 años, en proporción a lo que lleva el ser humano en el planeta?, ¿qué son 1.000 años, comparados con lo que lleva un río fluyendo por su cauce?, ¿cuánto serían 100.000.000 de años, en perspectivas del levantamiento de las montañas y la teoría de la deriva continental?, ¿qué serían 1.000.000.000 de años en vistas de la formación de nuestro Sol?, ¿cuánto tiempo hace que existe nuestro sistema solar?, ¿y nuestra flagrante galaxia, la Vía Láctea? ¿Verdaderamente, cuánto tiempo hace falta para que se produzca

un cambio climático? El hombre moderno mide el tiempo con una vara de medir demasiado corta. Los procesos planetarios y la vida de las estrellas son fenómenos que quedan muy lejos de ser contemplados en una vida humana. En el horizonte de los sucesos... todo puede ocurrir muy rápido, ¡por debajo del umbral del parpadeo!, o prolongarse a tan tendido, pausado, y postergado paso, que la propia métrica puede quedar en entredicho, ¿existe el infinito?

Todo cuanto nos envuelve está en constante cambio y movimiento, desde la criatura más pequeña, desde el microorganismo más ridículo, hasta el océano más profundo y extenso, y nosotros, cambiamos con ellos, nos adaptamos a nuestro planeta ¿Cuántas especies perecieron, y quedaron extintas, en el intento de sobrevivir a lo largo de los tiempos?, ¿Cuántos no murieron de viejos? ¿Cuántas generaciones tuvieron que pasar hasta que se dieron las mutaciones clave para garantizar la supremacía de las especies?, habitando en un entorno cambiante, ¡virulento!, que no sabe de simplicidades, que no conoce los dogmas, y en cuya complejidad estriba el hilo conductor que todo lo moldea: la fuerza vital de la naturaleza: poder adaptarse con el paso del tiempo.

Pero hasta las estrellas son obsoletas y terminales. En estos tiempos, en los que aún resulta casi imposible elaborar un pronóstico exacto y preciso de la edad de un astro vivo, sin gran margen de error, aquí en la Tierra, ya hemos sido capaces de medir la edad de la roca, el periodo del glaciario, la longevidad de una molécula de agua que hoy precipita en forma de lluvia, la vida del gas que forma parte de nuestra atmósfera...

A todo se le pone fecha. Todo sigue un estricto orden de causalidad y consecución. Las personas nos movemos por los días, por las horas y por los minutos. El periodo que tarda una mercancía en travesar el océano Pacífico, o lo que le cuesta a un ave realizar su migración. Es el calendario, nuestra forma de vida, son las fases de la luna, ¡es la translación!, de la Tierra alrededor del Sol. Al tiempo rendimos cuentas y por el tiempo tenemos obsesión, envejecemos, ¡cómo se marchita la flor al terminar la primavera!

Sin embargo, todo nuestro mundo está inmerso en una magnífica burbuja mística de creencia y salvación, que se perpetúa como si fuera una cápsula del tiempo, aislada del vacío exterior. Un planeta remoto, en una galaxia perdida, en los confines del universo. No. Nuestro planeta está expuesto a peligrosos y potentes agentes externos capaces de quebrantar nuestro pacto con Dios, y de romper la delicada brecha de los mundos estables. Meteoritos, merodeadores espaciales con suficiente poder cinético como para producir una extinción masiva; o tormentas solares, erupciones que incrementan la cantidad de radiación electromagnética que incide sobre nuestro mundo, solo mitigables gracias a nuestro imán de energía terráqueo, el campo magnético.

Si bien es cierto que la colisión de un fragmento de roca extraterrestre puede provocar una extinción, son muchos más los factores atribuidos al propio sistema terrestre, y a su estocástica dinámica, los que han llevado a cabo y podrían generar de nuevo grandes cambios intraplanetarios: como la erupción de un potente volcán o la irrupción en una repentina era glaciaria. Es más, teniendo en cuenta márgenes más holgados o más extensos de tiempo, las cinco grandes extinciones de la historia de la Tierra han sido producidas directa o indirectamente por cambios climáticos.

Nuestra fe promiscua, a la par devota, a la par escéptica, nuestro exacerbado orgullo, y nuestra ignorancia congénita, hacen que solo seamos capaces de ver un poco más allá de los días en los que vivimos. No somos grandes visionarios que responden con firmes actos a un futuro demasiado incierto, o completamente lejano. En realidad, solo nos preocupa el futuro cuando nos vemos inmersos en él, cuando nos imaginamos dentro de él, cuando formamos parte de su seno. Aún hoy, cuando la ciencia estalla y provoca terremotos de conciencia seguimos con la venda atada sobre nuestros ojos, en cambio, a todos nos gusta mirar al cielo y contemplar las estrellas lejanas del firmamento. Por eso, el enclaustramiento sideral del que gozamos nos centraliza.

Desde que el ser humano se hace dueño de la naturaleza y la moldea a su antojo, las personas siempre hemos estado en el cen-

tro de todo: cuando se creía que el hombre era el mayor depredador de la naturaleza, cuando se creía que la Tierra era plana, cuando se creía que la Tierra era el centro del universo, cuando se creía que la Tierra... era el único planeta con vida. Son analogías verosímiles transportadas y revocadas a lo largo del tiempo. Pero el tiempo nos cambia y nos moldea, nos va curtiendo lentamente como se va redondeando la escarpada piedra de río, eliminando los cantos pronunciados y los vértices sobresalientes.

La tendencia general, y la creencia más ampliamente extendida y divulgada en nuestra sociedad, es que un cambio climático requiere de una gran componente temporal para poder materializarse y llevarse a cabo. Creencia incompleta, parcialmente errónea, utilizando una vara de medir humana, ya que la situación en que nos encontramos ahora es completamente diferente a las que se han producido con anterioridad. Gracias a estudios recientes en el campo de la paleoclimatología, mediante núcleos de hielo extraídos tanto de los grandes glaciares de Groenlandia, como del Ártico o de la Antártida, los cuales poseen en su estratigrafía el registro de los gases presentes en la atmósfera en un momento determinado de tiempo, con series anuales continuas, y con un procedimiento de análisis basado en el secuestro isotópico, se ha podido demostrar que cuando se produjeron dichos núcleos de hielo la concentración atmosférica de los diferentes gases que componían la atmósfera también quedaron atrapados en su interior. Mediante la extrapolación de las diferentes concentraciones de gases de efecto invernadero se ha podido determinar la temperatura de la Tierra a lo largo de millones de años, constatando que los grandes cambios climáticos producidos a lo largo de la historia han sido, algunos lentos y graduales, con aumentos progresivos de temperatura durante miles de años, y otros abruptos y repentinos, produciéndose en intervalos muy estrechos de tiempo. El caso que nos ocupa es el segundo. El ser humano está produciendo un cambio climático que, si todo sigue como hasta ahora, será irreversible en menos de 50 años, es decir, la humanidad ha producido un cambio climático en aproximadamente 300 años.

El clima de nuestro planeta está compuesto por una compleja y enmarañada telaraña en la que todo está interconectado. Los diferentes subsistemas que lo conforman, la criosfera, la hidrosfera, la litosfera y la atmósfera, actúan al unísono, repercutiendo en los balances de temperatura, precipitación y humedad, ¡como una gran sinfonía dirigida por el Sol!

Cualquier alteración de energía producida en el balance general de entradas y salidas de los subsistemas puede originar un cambio global a gran escala, repercutiendo directamente en el clima general de nuestro mundo. A día de hoy creemos que nuestro clima está infinitamente establecido, puesto que hemos crecido, nos hemos desarrollado y nos hemos expandido por miles de años, pero todos tenemos noticias y adquirimos conciencia cuando nos hablan de glaciaciones. El clima de la Tierra ha cambiado y cambia, sigue en constante evolución, se autorregula, se equilibra. El nuestro, es un mundo de gradientes. El aire, el agua y la tierra responden a gradientes, balances, trasiegos de energía que desencadenan transportes de materia. El aire, el agua y la tierra almacenan calor, ¡energía!, y el calor se disipa y se traspasa produciendo flujos, potentes corrientes, y cintas transportadoras que distribuyen la energía por todo el planeta. Desde las latitudes más septentrionales, situadas en los casquetes polares, hasta las latitudes más meridionales situadas en el ecuador.

Es bien conocido que en estos tiempos industriales estamos produciendo alteraciones en los balances de energía que entran y salen de la Tierra. En una era expansiva y consumista, en pleno apogeo en el rendimiento de la quema de combustibles fósiles, los balances de dióxido de carbono están viéndose alterados. El dióxido de carbono es un gas con un gran poder calorífico, es decir, es capaz de absorber grandes cantidades de calor. El CO_2 se encuentra de manera natural en nuestra atmósfera, y es uno de los gases implicados en el efecto invernadero natural. De no existir este gas termómetro, el clima de nuestro planeta sería mucho más frío... y mucho menos acogedor. Parte de la radiación de onda corta pro-

veniente del sol penetra en nuestra atmósfera y llega a la tierra y al mar, donde se absorbe y almacena. El propio calor latente de la Tierra emana este calor acumulado en forma de onda larga, y parte de este calor, es absorbido por el CO₂, constituyéndose como un agente regulador del clima. Al aumentar considerablemente las concentraciones de este gas en nuestra atmósfera estamos induciendo a que el sistema terrestre almacene más calor del que antes almacenaba, produciendo un aumento global de la temperatura. Además, este es un sistema cerrado de retroalimentación, lo que quiere decir que es acumulativo, sinérgico, produciendo que cada vez más calor se instaure en nuestra atmósfera. Este exceso de calor hace que la temperatura de la Tierra aumente, desembocando en que el hielo estacionario acumulado durante miles de años en los casquetes polares se funda. Al fundirse más hielo, y al actuar este como un gran espejo, que refleja toda la radiación hacia el espacio, manteniendo la Tierra más fría, mayor superficie queda inundada por el mar. A su vez, el agua es la sustancia conocida con mayor poder calorífico de retención de nuestro ambiente. Esta dinamo natural cada vez almacena más calor en nuestra atmósfera, cada vez funde más hielo, y cada vez almacena más calor en nuestros océanos, iniciándose una y otra vez la retroalimentación.

Adentrándonos en el misterio de lo desconocido, sumergiéndonos en el interior de un futuro borroso y difuminado, ¡encriptado!, vacío y desvalijado... Allí, ¡en donde el tiempo no ha llegado!, allí, en donde lo seguro es lo incierto, y lo dado ¡es lo esperado!... Allí, en donde el cántaro de barro aún no ha sido llenado, y el agua es el torrente de un río recién creado... el pensamiento sobre el cambio climático adopta y discierne entre tres bandos: los intransigentes que creen que el cambio climático no se llevará a cabo, viviendo eternamente con las mismas condiciones ambientales. Los que creen que el avance de las nuevas tecnologías mitigará los impactos producidos y paliarán los desfases asestados sobre los ciclos vitales, o los que creen que el cambio climático es una realidad irrefutable, y que solo es cuestión de tiempo que se lleve a cabo.

Toda gran cultura, ¡toda gran civilización!, en esta, o en otra tierra, sin ninguna duda, han debido enfrentarse a uno o a varios momentos en su historia en los que su modo de vida o sistema de valores se ponen en entredicho y se resquebrajan. La culturización, la educación y el desarrollo llevan implícitos avances científicos y tecnológicos, y la tecnología lleva asociada la obsolescencia y el despilfarro. Mundos aislados, en donde los recursos naturales son finitos. Planetas con limitadas tierras disponibles para el laboreo, el pastoreo y la trashumancia. Sociedades sumidas en una potente espiral convergente de desarrollo, de crecimiento y de irrefrenable consumismo. Países y naciones enteras sobrepasando la capacidad natural de los ecosistemas para regenerarse, para restablecerse. Ciudades, ¡esparcidas por todo el mundo!, rebasando el umbral en donde la capacidad para consumir recursos se ve sobrepasada, ¡saturada!, por la capacidad de generarlos: el zenit... de toda civilización.

Por tanto, para que una civilización se haya conservado a lo largo de milenios y haya superado la inexorable prueba que, ¡el tiempo!, depara a toda raza inteligente y desarrollada, obligatoriamente, han debido de adaptarse tecnológicamente a un sistema de producción compatible con su medioambiente.

La capacidad para razonar ha permitido que el hombre haya quemado etapas tecnológicas hasta convertirse en lo que es hoy en día, pero no sería hasta mediados del siglo XVIII cuando la capacidad inventiva del hombre moderno iba a producir la más grande de las transformaciones de la humanidad: la primera revolución industrial y la mecanización de los sistemas productivos: los orígenes del cambio climático. Una corriente de grandes repercusiones y de importantes cambios científicos y tecnológicos que se extendería en pocas décadas por Europa y Norteamérica. La industrialización supuso el paso de un sistema productivo arcaico, basada en la labranza y en la tracción animal, a una economía moderna mecanizada basada en la utilización del carbón como fuente de materia prima, lo que dio pie a una serie de cambios revolucionarios entre los que se encuentran el desarrollo del ferrocarril y del barco de vapor.

Con la mejora de las vías de comunicación y los medios de transporte, y con la considerable reducción del tiempo empleado en llevar a cabo los viajes, se inició un potente movimiento de pasajeros y de mercancías sin precedente, dando lugar a la creación de los primeros mercados tanto a nivel nacional como internacional. Por otra parte, el gran crecimiento de las ciudades, asociado a la gran cantidad de mano de obra generada, supuso un fuerte éxodo rural que se tradujo en un fortísimo crecimiento de la población tanto a nivel urbano como periurbano. Al tener que congregarse una mayor densidad de gente en una misma área, y aprovechando que en ese momento se estaban construyendo las ciudades, se introdujeron mejoras en los sistemas de alcantarillado, lo que supuso prevenir la contracción de enfermedades de tipo vírico y bacteriológico. Sumados a los avances higiénicos propiciados por la canalización de la red de aguas sucias, se produjeron también progresos en el ámbito de la medicina, creando en este periodo las primeras vacunas. Además, en el campo, el abandono del arado y la utilización de las nuevas técnicas y sistemas productivos, y la explotación de los terrenos cultivables en los continentes colonizados, así como la evolución de los fertilizantes, desencadenó un considerable aumento de las cosechas.

El sostenido progreso refrendado sobre las condiciones higiénicas, alimenticias y sanitarias se tradujo en una vertiginosa disminución de la tasa de mortalidad infantil. En consecuencia, siendo a lo largo del primer año de vida en donde mayores factores de riesgo hacían meya sobre los recién nacidos, cada vez más hijos llegaban a la edad adulta. En consonancia, manteniendo una tasa de natalidad estable, y en cuestión de pocas décadas, la población iba a experimentar un crecimiento exponencial ya no abandonado hasta la fecha de hoy.

Con el crecimiento de las ciudades en pleno auge, y con una cantidad ingente de población, la cantidad de recursos naturales utilizados para sustentar las actividades económicas de la sociedad también iba en incremento, sobretudo, la de la quema de carbón.

Y es precisamente aquí, en este punto no tan distante en el tiempo donde el albor pálido del cambio climático, entremezclado con el oscuro y nocivo humo negro del carbón, iba a producirse.

El camino del progreso es una metástasis irrefrenable para aquellos que tienen recursos para poder llevarla a cabo. Muy pronto, cada ciudad de cada nación tuvo acceso a los avances científicos y tecnológicos, creando un efecto en cadena que se extendería por todos los países desarrollados.

Estos magníficos avances revolucionarios se completarían y consagrarían a finales del siglo XIX, con la partida de la segunda revolución industrial. La invención de la electricidad, el descubrimiento y la explotación de nuevas fuentes de energía, como el petróleo y el gas natural, y el estallido de las comunicaciones, con la introducción del automóvil y el avión, acabarían por hacer eclosionar a un sistema de vida joven, en pleno crecimiento, cada vez mejor y más mecanizado, ahora caracterizado por el cambio y la innovación, haciendo ahorrar esfuerzos, reduciendo los trabajos, a cada vez más rápido, a cada vez más productivo, mejor dotado, mayor provisto, sistema... que acabaría engendrando la globalización.

A su par, la población seguía creciendo inconteniblemente. Alcanzar la nueva y elevada demanda de alimentos no supuso ningún problema para un sistema de producción globalizado. Además, la superficie de tierras destinadas al cultivo y al pastoreo se vieron incrementadas considerablemente, haciendo que la frontera agrícola se adentrara cada vez más en zonas de montaña. Finalmente, la elevada demanda de fertilizantes dio lugar al desarrollo de abonos químicos y fertilizantes sintéticos, colmatando con éxito, por tanto, la demanda recabada sobre este nuevo paradigma alimenticio.

Por su parte, las emisiones de gases de efecto invernadero también experimentaron un notable aumento en este periodo de tiempo ya que la mayoría de las fábricas y de los sistemas mecanizados desarrollados se abastecían de combustibles fósiles y expulsaban dióxido de carbono. Emisiones, que no han dejado de incrementarse hasta la fecha de hoy. Cada vez somos más personas, cada vez

vertemos mayor cantidad de toneladas de CO₂ a nuestra atmósfera, cada vez, se inicia con más potencia la retroalimentación.



Gráfico 1: Concentración de CO₂ en la atmósfera en los últimos 400.000 años. (Fuente: NOAA, gráfico original de www.nasa.gov)

A día de hoy, en pleno siglo XXI, hemos tomado la herencia de todos los conocimientos aprendidos a lo largo de la historia. Las grandes ideas del pasado se han trasladado hasta la vecindad de nuestros días, y a ellos, les debemos lo que somos. No obstante, nuestro sistema de vida sigue quedando en entredicho si lo seguimos midiendo con una vara de medir humana: las personas vivimos arraigadas al presente, valoramos con gran fuerza lo que podemos tener hoy a nuestro alcance en detrimento de lo que podríamos llegar a conseguir en un futuro, es lo que los economistas denominan «la tasa de descuento futuro». Es decir, la naturaleza humana tiende a discriminar el valor del futuro por el valor del hoy. Es más valioso tener hoy un reloj entre mis manos que esperar a tenerlo en un futuro por menor valor, porque existe la posibilidad de que en ese futuro nunca llegue a conseguirlo, lo que extrapolado al cambio climático se convierte en una evidencia: de momento, preferimos seguir contaminando hoy, con nuestro actual sistema de vida, a cambiarlo por otro basado en nuevas tecnologías, ya que, probablemente, nosotros ya no estaremos en él.

Los grandes avances de la humanidad siempre han sido ratificados, y siempre han ido paralelos, a importantes progresiones científicas y tecnológicas. Los saltos impulsores entre incertidumbre y conocimiento, y en último orden, el acceso a esos mismos conocimientos mediante la tecnología, han llevado a nuestra civilización en muy poco tiempo mucho más lejos de lo que se cabría esperar. Pero dichos conocimientos no se han quedado parálíticos, ni estupefactos, ni satisfechos..., muchos brillantes postulados aún están por demostrar. Quedan muchos campos y muchas disciplinas por completar.

En otras épocas de antaño, puede que se tuvieran los conocimientos, pero no se tenían los suficientes medios para demostrarlos, y en parte, nuestra joven civilización, sigue inmersa en esa coyuntura de indagación, demostración, reproducción y asentamiento experimental con el fin de demostrar teorías e ideas.

En este sendero del progreso, la tecnología sigue siendo el principal agente obstructor que frena lo que una mente es capaz de imaginar con lo que la tecnología puede demostrar. Ni los artilugios más pioneros, ni los utensilios más vanguardistas, pueden llegar a alcanzar la velocidad de creación y la profunda capacidad de trascendencia de la mente humana. Todavía existe una gran muralla defensiva entre lo que se sabe y lo que se puede llegar a construir. En muchos casos, esta relación entre hipótesis y conocimiento sigue siendo altricial, ya que las conjeturas y los razonamientos siguen estando en sus primeros estadios de su ciclo vital. En otros, hemos alcanzado eslabones muy elevados en el marco del conocimiento.

Los descubrimientos nos hacen avanzar, nos dotan de entusiasmo, nos hacen prosperar. Muchas veces el azar y la casualidad juegan un papel relevante en este mundo infinitesimal; otras, el trabajo, la constancia y la perseverancia nos ayudan a descryptar los mensajes ocultos de la naturaleza. Pero lo que verdaderamente nos enaltece y nos hace pivotar entre la luz y oscuridad, adentrándonos en sus misterios, es el hecho de ser conscientes de que todo se puede llegar

a comprender, y que nada puede escapar del lazo de una mente inteligente y perspicaz. Por eso continuamos, por eso exploramos y por eso nos apasiona desmenuzar el plan de la creación.

La tecnología puede transformar la cultura porque determina el grado de conocimiento demostrable que una determinada sociedad tiene en referencia a su medioambiente y a su lugar en la galaxia, en referencia a lo biótico y a lo abiótico, y, en última instancia, a sus más profundas creencias.

La tecnología es la consagración material de la capacidad creativa de la mente humana. La tecnología es la confabulación entre mente y materia, aún más, la tecnología... es el resultado de la imaginación, de la necesidad, y de la adaptación, y es la respuesta ante una situación que exige transformar el mundo que nos rodea con el objetivo de poder comprenderlo mejor, utilizarlo de forma más eficaz y solvente, o tener acceso a lo que antes era inalcanzable.

A medida en que el ser humano ha ido quemado etapas tecnológicas a lo largo de la prehistoria y de la historia, ha ido lentamente convirtiéndose en lo que somos hoy en día: una civilización avanzada. Nuestros niveles de desarrollo tecnológico están muy por debajo de los rebosaderos de nuestra propia inteligencia. Los acantilados de nuestra imaginación, en donde se acaba la capacidad creativa para dar paso al estancamiento, los límites de nuestra propia conciencia, en donde se haya el nexo que une la idea y su materialización, y el punto máximo de creatividad, en donde ya no queda nada por crear, todos ellos... están muy lejos de nuestra actual capacidad de creación, abastecimiento, exploración o transformación de lo material para crear tecnología, sea cual sea el campo en que nos encontremos.

En consecuencia, este diferencial entre lo que somos capaces de imaginar y lo que somos capaces de crear, con el paso de las centurias y de los milenios se irá reduciendo, y por tanto, a medida que comprendamos mejor el mundo que nos rodea seremos más hábiles para dotarnos de instrumentos que nos permitan pasar de la abstracción de una idea a la tangencia de su creación.